

Demetrio Boersner

Haití: Larga lucha heroica

La nación haitiana es, sin lugar a dudas, una de las más interesantes y admirables del mundo. Su pueblo, arrancado a la tierra africana ancestral por la garra esclavista, supo crear la más dinámica y fecunda de las culturas afrocaribeñas y encabezar heroicamente las luchas emancipadoras americanas. Sus líderes dieron sabios consejos y prestaron decisiva ayuda material a los próceres de la independencia venezolana: Dessalines apadrinó a Miranda, y Pétion a Bolívar, en la vía de la insurgencia liberadora.

A la grandeza de los años heroicos (1790-1822) siguió un largo período de retroceso haitiano hacia la pobreza y el desorden, a la vez causa y efecto de independencias neocoloniales. Dictaduras brutales, al servicio de factores foráneos, oprimieron al bravo pueblo y a sus gúfas intelectuales. Pero la creatividad cultural haitiana no disminuyó, ni tampoco dejaron de surgir nuevos tribunos portadores del mensaje de los fundadores de la nacionalidad.

El más reciente de ellos es el democrático cura Aristide, recién electo a la presidencia del país. En estos momentos, su causa no es sólo la del pueblo haitiano: es la causa de todos los pueblos del Caribe, de América Latina y del mundo.

LAS RAICES: LA FUERZA DEL VODU

El Oeste de la isla de la Española cayó en manos de Francia por el tratado de Ryswick, de 1697, que puso fin a la guerra de la gran coalición contra Luis XIV. En lo sucesivo, la parte oriental de la isla mantuvo su carácter hispano-mulato, en tanto que la porción occidental fue poblada por esclavos negros sometidos a una pequeña oligarquía de terratenientes franceses.

Los esclavos llevados a Haití procedían de diversas zonas de la costa occidental del África, desde Senegal hasta Angola, siendo particularmente numerosos los oriundos de Guinea. Separados de sus etnias de origen, sin embargo

conservaron el recuerdo de sus dioses y sus tradiciones, y pronto las creencias de todos esos seres, unidos en nueva comunidad en la ergástula antillana, se fusionaron en una sola mitología sincrética, africana pero también influida parcialmente por el catolicismo formal que los amos pretendieron imponerles. Junto con el idioma creole, producto de la africanización de la lengua francesa, la religión sincrética del Vodú constituye uno de los fundamentos de la cultura nacional haitiana.

El Vodú, mirado con horror por muchos cristianos que lo identifican tan sólo con la magia negra, en realidad es una religión de manifestaciones amplias y multiformes, a veces debidamente benévolas y éticamente compatibles con el mensaje cristiano. Se basa en la creencia de que la naturaleza y sus fuerzas están regidas por energías metafísicas que el hombre percibe personalizadas en dioses (loas) y espíritus o "santos". El practicante voduísta busca el contacto o la unión con estos dioses y espíritus que lo inspiran y le ayudan a superar sus limitaciones y desarrollar su personalidad. En algunos casos espectaculares, la unión del alma con el loa toma la forma de la "posesión".

Al margen de lo propiamente religioso (vinculación del hombre con los dioses que reconoce), el Vodú también conlleva prácticas curanderas y mágicas. Los *hougans* (sacerdotes del Vodú) tienen un extraordinario conocimiento de las propiedades curativas de plantas, animales y de la medicina natural. La praxis curandera va acompañada de magia blanca o benéfica. Una minoría muy temida de los *hougans* practica la magia negra o de la "mano izquierda", que no aspira a curar sino a destruir. Es esa minoría tenebrosa, la que ha dado a todo el Vodú su reputación siniestra, con sugerencias de sacrificio humano, canibalismo ritual y transformación de seres pensantes en "zombies".

Hasta el presente la religión principal del pueblo haitiano ha sido el Vodú, considerándose al cristianismo como la

fe de los opresores y los privilegiados. Los practicantes católicos asiduos eran en su mayor parte miembros de la clase media mulata (apenas más de un 7 por ciento de la población global). Sólo en las últimas tres décadas, bajo el impulso de las corrientes renovadoras y social-progresistas que han surgido en el seno de la iglesia, ésta ha comenzado a acercarse efectivamente a la mayoría popular, negra y pobre, y es muy reciente la aparición de hombres como el padre Aristide, capaces de competir exitosamente con los *hougans* por el liderazgo social y espiritual de las masas campesinas y proletarias.

Para seguir ganando terreno en Haití, aún sería necesario que los católicos superen la intolerancia que tradicionalmente los caracterizaba con respecto al Vodú, al que consideraban "demoníaco" en su conjunto. Seguramente sería deseable que los cristianos progresistas buscasen la vía de la cooperación y del diálogo por lo menos con aquellos *hougans* que claramente sean de "mano derecha", con orientación benévola y conducta recta.

REVOLUCION Y CONTRARREVOLUCION: DE TOUSSAINT A DUVALIER

El estallido de la Revolución Francesa en 1789 fue el detonante del levantamiento social y nacional del pueblo esclavo de Haití. Antes de ese momento, sólo habían existido rebeliones esporádicas y localizadas, generalmente reprimidas con sádica crueldad.

En los años 1790 y 1791 hubo alzamiento de negros y mulatos, encaminados a lograr, por parte de la oligarquía blanca, la aceptación de los principios de libertad, igualdad y fraternidad, y la abolición de la esclavitud. Si embargo, los terratenientes se mostraron terca-mente reaccionarios.

A partir de 1793, aprovechando la guerra de España e Inglaterra contra la República Francesa, el gran caudillo negro Toussaint Louverture, a la cabeza de un ejército popular, obligó a la oligarquía a aceptar la abolición de la esclavitud. Haití quedó como territorio autónomo, dependiente de la República Francesa, con Toussaint como gobernador general. Su gobierno fue sagaz y moderado.

En 1801 Napoleón, como dictador de Francia, decidió eliminar la autonomía haitiana y reimplantar la esclavitud en la isla, a la cual envió un ejército expedicionario. Traicioneramente, capturó a Toussaint y lo encerró en un calabozo en Francia, donde el prócer murió de frío y

de tristeza.

Pero el pueblo haitiano no se dejó reesclavizar. Se levantó con furor, en movilización total, bajo el mando del formidable caudillo Jean-Jacques Dessalines, quien declaró la guerra a muerte contra los franceses. Para fines de 1803, las últimas tropas francesas, junto con los sobrevivientes de la oligarquía blanca, abandonaron el país, y en 1804 Dessalines proclamó la independencia nacional.

Para ese momento el poder y el prestigio de Haití era tan grande, que Dessalines parece haber pensado en la posibilidad de invadir el Sur de Estados Unidos, liberar a los esclavos y crear un vasto imperio negro desde Virginia hasta las Antillas. En 1806 el mandatario haitiano recibió a Miranda, quien se aprestaba a desembarcar en Venezuela sin la ayuda prometida por los ingleses, y le suministró armas, alimentos y buenos consejos: No tenga usted contemplaciones con esos colonialistas - le dijo en creole - sino incéndiele las casas y córteles las cabezas! ("Boulé cases, coupé tetes!").

Sin embargo, Dessalines cayó y murió a fines del mismo año, víctima de una revuelta causada por su personalismo tiránico. Haití se dividió en dos Estados. En el Norte, estableció su régimen monárquico el general Henri Christophe, negro de origen esclavo, mientras en el Sur presidió una república el general Alexandre Pétion, hijo de padre blanco y madre mulata. Christophe implantó un sistema estatista y colectivista, con grandes plantaciones productoras para la exportación. En cambio Pétion, de formación ideológica liberal, decretó una reforma agraria individualista bienintencionada, pero cuyos efectos serían funestos para el país, ya que generó un minifundismo cada vez más antieconómico y antisocial, que llevó el agro haitiano a su actual estancamiento y atraso y hundió al campesinado en la miseria.

Venezuela conoce y venera a Pétion como el generoso amigo de Bolívar, que en 1816 equipó la expedición libertadora y dio el sabio y progresista consejo de apresurar la emancipación de los esclavos en nuestro país.

Pétion murió en 1818 y el rey Chris-

tophe fue derrocado y liquidado en 1820. Haití se unificó bajo el mando enérgico del sucesor de Pétion, Jean-Pierre Boyer. Este vigoroso gobernante, en 1822, invadió la parte oriental de la isla que acababa de declararse independiente de España, y la anexó a la República Haitiana. La unión de Haití y Santo Domingo en un solo Estado duró hasta 1843, cuando Boyer falleció.



Desde ese momento, se hizo cada vez más dramático y acelerado el proceso de involución social, económica y política, causado en última instancia por el minifundismo destructor. Bajo Boyer, Haití se había mantenido en parte por la prosperidad de la economía dominicana anexada. Ahora, con la pérdida de la República Dominicana, independizada en 1844, quedó en situación muy precaria.

Se inició un ciclo de presidencias dictatoriales, interrumpidas por golpes de estado. Al mismo tiempo, el país se endeudaba y caía de modo creciente bajo la dominación financiera, comercial y política de las potencias europeas y de Estados Unidos.

En 1915, Haití fue ocupada militarmente por los Estados Unidos, luego de

que sus desórdenes internos habían llegado a un punto culminante con una masacre de presos políticos, seguida por el derrocamiento y linchamiento del presidente Vilbrun Guillaume Sam. Los norteamericanos, que ya tenían en sus manos lo esencial de la economía del país, resolvieron tomar también su dirección política, y mantuvieron la ocupación militar durante 19 años, hasta 1934. El sistema fiscal y aduanero haitiano quedó bajo control estadounidense hasta la década de los años cuarenta.

Aunque la ocupación yanqui trajo algunos innegables mejoramientos en materia de salubridad pública, administración financiera, vías de comunicación y productividad económica sectorial, en su conjunto significó una intolerable humillación para el pueblo haitiano, tan consciente —incluso en sus mayorías analfabetas— de la grandeza de su historia y la especificidad de su cultura. No pudo ese pueblo dejar tranquilamente que un grupo de oficiales de la Infantería de Marina norteamericana gobernara al país y dictara sus leyes, con la complicidad de autoridades títeres nativas que se limitaba a transmitir y ejecutar las órdenes recibidas.

Por ello, en la década de los años veinte cundió la rebelión. Se formaron guerrillas para la resistencia nacional contra el ocupante. Con creciente dificultad, las fuerzas norteamericanas

combatían a los insurgentes, dirigidos por líderes populares de prestigio perenne, tal es como el jefe guerrillero Charlemagne Peralte quien murió heroicamente en los combates. Finalmente, el levantamiento nacional se hizo masivo y fue reprimido sangrientamente, pereciendo miles de haitianos.

Conforme a su filosofía política reformista, el presidente Franklin Roosevelt, al asumir el mando del gobierno estadounidense en 1933, resolvió retirar las tropas de Haití, dejando allí tan sólo a administradores civiles yanquis que siguieran controlando el fisco del país. Para ejercer el rol de policía "anticomunista" en la isla, ya no se necesitaba a los marines: en la República Dominicana había tomado el poder, con apoyo y apro-

bación del gobierno de Washington, el dictador Rafael Leonidas Trujillo, una suerte de Hitler tropical, megalómano y cruel pero sumiso ante Estados Unidos.

En 1937, sospechando que había "comunistas" infiltrados entre los trabajadores agrícolas haitianos que laboraban en haciendas del Oeste de la República Dominicana, Trujillo organizó y ejecutó un espantoso genocidio. Su guardia pretoriana rodeó a los haitianos desprevenidos, los concentró en sitios predeterminados y procedió a exterminarlos sistemáticamente. Según algunas estimaciones, el número de hombres, mujeres y niños masacrados llegó a cerca de 20.000.

Con todo, ideas nuevas de libertad y justicia social habían penetrado en la república negra. Como lo destacaremos más adelante, se había formado un grupo extraordinario de intelectuales progresistas en el exilio parisino durante la ocupación norteamericana. La guerra mundial antifascista de 1939-1945 generó una ola adicional de ideas democráticas y de transformación social. Ya el gobierno del presidente Dumarsais Estimé (1946-1949) fue menos conservador y oligárquico que el de su predecesor Slié Lescot, y toleró cierto grado de agitación política y sindical. Estimé, acusado de corrupción, fue derrocado y sustituido por el presidente Paul Magloire, un militar capaz, de tendencia "anticomunista" moderada pero no carente de tolerancia.

Después del período de Magloire, comenzó un retroceso desastroso. La derecha haitiana y la CIA comenzaron a temer el ascenso de un movimiento popular nacional revolucionario y socializante. Tal movimiento parecía en gestación, con base en una alianza obrero-campesina dirigida por el líder Daniel Fignolé. En 1957, Fignolé ganó las elecciones, pero el ejército haitiano, con aprobación norteamericana, desconoció el resultado electoral e impuso un gobierno militar presidido por el general Antoine Kébreau. Este organizó nuevos comicios, de los cuales salió ganador un personaje que habría de resultar tenebroso como ningún otro: el doctor François Duvalier, médico rural de formación progresista pero dispuesto a vender el alma para alcanzar el poder absoluto.

Duvalier había militado en las filas de la izquierda y estaba influido por ideas marxistas. Sin embargo, revisó dichas ideas, introduciendo en su análisis el elemento racial: en su libro "Las luchas de clase en la historia de Haití", procura demostrar que en ese país las clases son idénticas con las razas: el proletariado es negro, mientras la burguesía es mulata. Durante su ejercicio (al parecer, muy

positivo y generoso) de médico rural al servicio de los campesinos, el doctor Duvalier difundió una demagogia semi-racista: organizar a los negros para quitarles el control del país y de sus riquezas a los mulatos. Buscó y obtuvo la amistad de los **hougans**, a quienes trató con respeto, reconociendo en ellos los dirigentes del pueblo humilde.

Instalado en el poder a fines de 1957, con el apoyo del ejército y de los Estados Unidos a quienes había hecho promesas firmes de cooperación "anticomunista", Duvalier muy pronto reveló su carácter tiránico. Formó una siniestra milicia que el pueblo denominó los "tontons-macoute" (los "tíos capucha"; en el folklore infantil haitiano, el "tío capucha" es el "coco" que se lleva a los niños malos).

Desde fines de 1958, Duvalier comenzó a liquidar a sus rivales y a suprimir toda libertad de disidencia en el país. De año en año se fue incrementando el número de los asesinados, desaparecidos, encarcelados, torturados y exiliados. Tan opresiva se tornó la situación política, que la economía también siguió decayendo: los Estados Unidos no se animaron a efectuar las inversiones inicialmente prometidas al tirano. En los peores momentos del duvalierismo, Haití prácticamente quedó sin intercambio económico exterior, viviendo en la autarquía de la miseria, con un nivel de vida tan bajo como el de los Estados africanos más pobres.

En 1964, Duvalier se declaró presidente vitalicio e intensificó aún más el terror represivo. Pero los Estados Unidos pese a todo lo siguieron apoyando en su carácter de vigilante anticomunista y antizquierdista.

La relación de Duvalier con los **hougans** se modificó durante ese proceso. A partir de 1959, se fue alejando de los **hougans** benévolos o de "mano derecha" que sinceramente habían creído (como también algunos intelectuales en las intenciones social-progresistas del presidente. Se acercó cada vez más al grupo de los **hougans** de la "mano izquierda", practicantes de magia negra, y en el palacio presidencial se celebraron ceremonias y ritos en los cuales el primer magistrado oficiaba en frac y pum-pá, asumiendo la personalidad del Barón Samedi (encarnación de las fuerzas metafísicas destructoras).*

La tiranía del doctor Duvalier (Papa Doc), seguida por la de su hijo Jean-Claude (Baby Doc) quien mantuvo el reino de terror de los tontons-macoute, marcó la culminación de la larga etapa de contrarrevolución y retroceso que siguió a la heroica gesta revolucionaria de los años 1790-1922.

EL REASCENSO: HACIA LA SEGUNDA LIBERACION

A lo largo de los siglos XIX y XX, Haití nunca dejó de producir obras culturales de alta calidad y originalidad. Antes de 1900, la literatura y las artes plásticas, así como el pensamiento filosófico y social de Haití estuvieron dominados por influencias francesas, pero desde comienzos del presente siglo surgieron dinámicas corrientes nuevas, volcadas hacia la exploración de lo propio, con el fin de insertarlo dentro de la cultura universal como aporte específicamente nacional, haitiano y afrocaribeño.

Paradójicamente, los años de la ocupación norteamericana fueron fecundos para el desarrollo cultural haitiano, por cuanto muchos intelectuales se exiliaron a París donde, durante los años veinte y treinta, recibieron los poderosos estímulos de la novelística francesa contemporánea, del surrealismo, del marxismo, del personalismo y de otras corrientes. Al regresar a su país, las aplicaron creativamente con el fin de aclarar y transformar la realidad nacional.

Particular importancia intelectual y política tuvo la corriente social-crítica representada en la literatura haitiana por Prince-Mars, Jacques Roumain, Roussan Camille, Jean Brière y otros. Muy influyente e importante también fue la corriente surrealista volcada hacia la exploración de lo mágico, tan esencial para la comprensión y el desarrollo de la cultura y la psicología haitianas. El poeta Morisseau-Leroy se destaca entre los impulsores de esa tendencia.

La dictadura duvalierista a su vez fue causante objetiva de un avance en la conciencia progresista de los haitianos que se vieron obligados a salir al exilio. Intelectuales y profesionales haitianos prestaron servicios de asistencia técnica en África y otras regiones del tercer mundo y, por otra parte, realizaron estudios de postgrado para elevar y perfeccionar sus conocimientos. Al lado del intelectual humanístico, formado sobre todo en Francia, apareció un nuevo tipo de aspirante al liderazgo de un futuro Haití democrático: el tecnócrata con PHD de Harvard, MIT o Princeton.

Inevitablemente, el período post-duvalierista ha tenido que ser políticamente turbulento. Por falta de experiencia democrática —y por la exagerada tendencia de los políticos haitianos al perso-

* Yo mismo, como enviado especial del diario El Nacional, fui recibido por el doctor Duvalier en su traje de Barón Samedi en el palacio presidencial de Puerto Príncipe en marzo de 1959.

nalismo y la división— en el exilio no habían existido partidos bien estructurados y coherentes, y mucho menos podrían formarse en el país mismo mientras durara la dictadura. Por ello, el ejército representaba la única fuerza capaz, en una primera etapa, de asumir la dirección del país.

Afortunadamente, el deseo del pueblo haitiano de salir de la tutela militar y de pasar a la etapa de la democracia civil, ajustada a las exigencias e idiosincrasias del país, es sumamente fuerte. El brutal desbaratamiento de las elecciones de 1987 por el general Henry Namphy causó una indignación popular tal, que el ejército no pudo menos que dar nuevos pasos hacia la democratización. La presidencia de Leslie Manigat—carente de la completa legitimidad democrática que hubiera sido deseable— construyó valiente intento de avanzar hasta donde fuera posible en la vía de la humanización y la modernización. Aunque Namphy derrocó a Manigat luego de pocos meses, éste había logrado dar un nuevo ejemplo positivo que vino a enriquecer la experiencia del pueblo. Y de la dictadura de Namphy se llegó, para 1990, al gobierno provisional civil de la doctora Ertha Pascal-Trouillot, luego de la fase intermedia del mando del general Prosper Avril. De allí, el paso democrático más reciente lo constituyeron las elecciones que dieron el triunfo al padre Aristide.

Considerando la falta de un fuerte partido que apoye al presidente electo, y la presencia en el país de militares reaccionarios y de ex-tontons-macoute aún armados y agresivos, y considerando además la desconfianza y antipatía del "establishment" norteamericano hacia un dirigente totalmente adverso al neoliberalismo e inclinado hacia un dirigismo a favor de los pobres,—es posible que Aristide no logre ejercer el poder sino que caiga derrocado como sus predecesores en la vía de la reforma democrática. Sería un grave golpe para Haití y todos los países de nuestra América morena. Pero podemos estar confiados en que, en cualquier caso, el pueblo haitiano no cesará en la lucha por su segunda liberación, que habrá de significar: la modernización y el crecimiento económico sin sacrificar el desarrollo social y humano.

Venezuela, en deuda histórica con Dessalines y Pétion, tiene la obligación de intensificar su solidaridad y su apoyo al pueblo hermano en su actual lucha liberadora decisiva.

Revista Comunicación

!!!Promociones!!!

5 Colecciones: Bs. 1.000
(Bs. 200 cada colección)

1. PERIODISMO HOY

- 25-26 Prensa y Conflicto Político
- 37 Nuevo Periodismo
- 43 Comunicadores y Participación
- 58 Y detrás... Los Comunicadores
- 70 Periodismo en Tiempo de Crisis

2. NUEVAS TECNOLOGIAS

- 33-34 Tecnología y Comunicación
- 46 Explosión Informática
- 49-50 Expansión Audiovisual
- 59-60 Sugerir es el Negocio
- 61 Medios sin Ley

3. IDEOLOGIA Y MEDIOS DE COMUNICACION

- 38 Humorismo y Comunicacion
- 39 Militarismo y Manipulación Informativa
- 48 Juventud
- 56 Discriminaciones
- 67 La Otra Cara del Lenguaje

4. RADIO, CINE Y TV

- 32 Música e Industria Cultural
- 62 Latinoamérica: Voces Múltiples
- 63 El Deporte, Negocio y Espectáculo
- 64 Público Alerta
- 68 Zoom al Cine

5. POLITICAS DE COMUNICACION

- 30-31 Integración Latinoamericana y Comunicación
- 35-36 Comunicación Popular: Experiencias Venezolanas
- 40 Censura y Democracia
- 51-52 Balance de una Década
- 65-66 Poder e Información